
JOSÉ GUTIÉRREZ SOLANA

MADRID, 1886-1945

Solana, artista de personalidad inconfundible, transmite su visión de la sociedad de su momento en unas composiciones cuya temática forma, sin duda, parte de su propia vivencia personal.

Es verdad que su vida transcurre por cauces nada habituales, lo cual tiene su influencia en la visión que otorga a todo lo que contempla y traslada a sus escritos y a sus lienzos. Es, sin embargo, una visión parcial de una parte de la sociedad española. Su peculiar mundo, denominado «solanesco», refleja solo una parte de la España real, pero no la España plural de su tiempo.

Pertenece por época a la Generación del 98, pero coexistió plenamente con la vanguardia, aunque su obra no presenta renovación formal alguna. Su estilo figurativo se aleja de la tradición pictórica española y quizás sea esta mezcla de mundos estilísticos lo que proporciona a su obra un atractivo singular y la dota de una personalidad original y única en el contexto del arte español del siglo xx. A ello hemos de sumar su experiencia literaria, que corre pareja con su experiencia plástica, de tal modo que el Solana escritor está en su pintura y el Solana pintor en sus escritos.

A Solana, como bien señala su biógrafo Manuel Sánchez Camargo, hay que considerarlo más bien retratista que pintor de retratos. En esta pintura utiliza la imagen de un fabricante de caretas, Emeterio, gran amigo suyo, cuyo taller se levantaba en las Vistillas de Madrid, al que inmortaliza

EXPOSICIÓN A LA CARTA

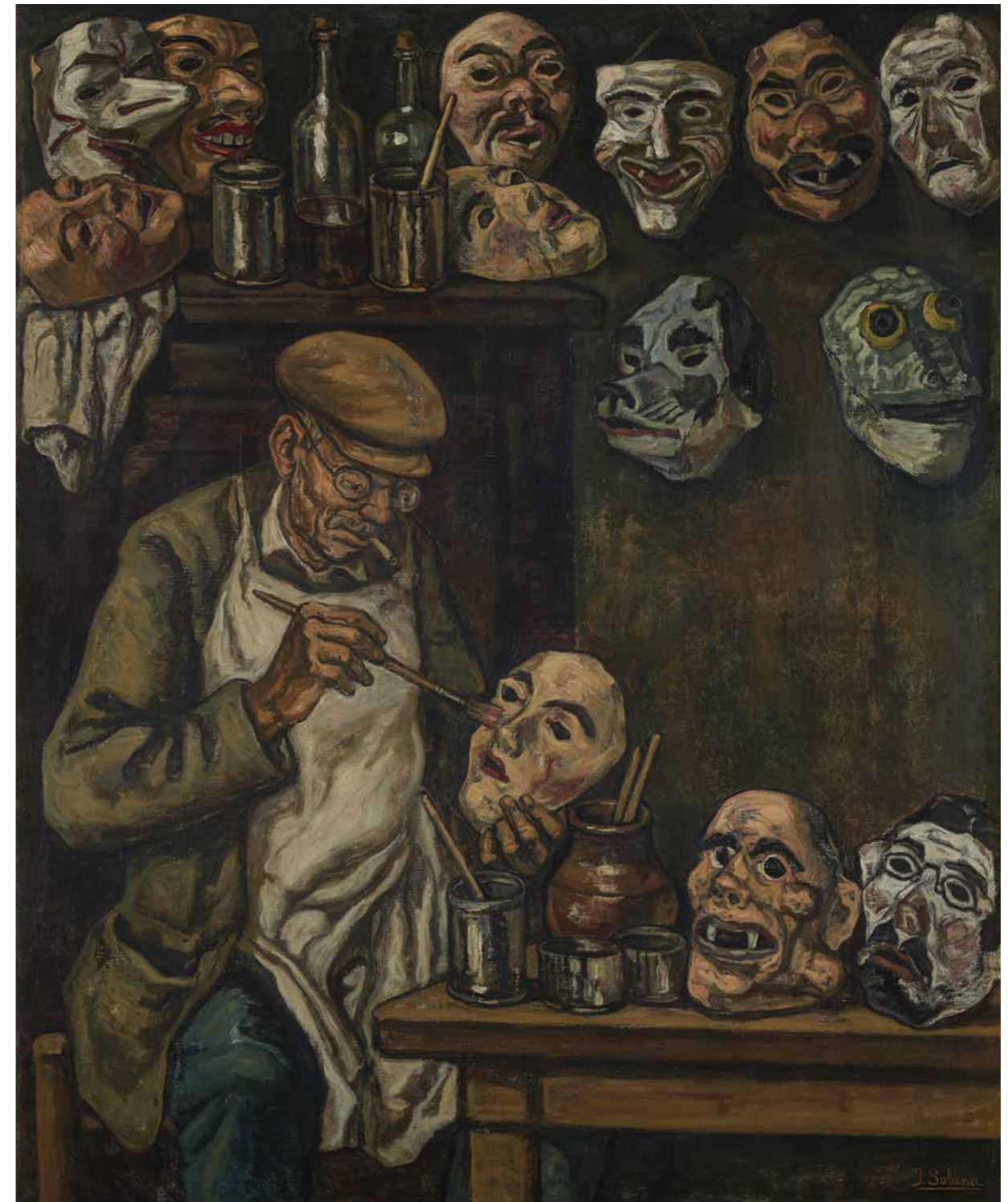
Jóvenes y adultos

también en una litografía y un dibujo de este mismo momento y al que sin duda admiraba profundamente: «Ese es mejor pintor que uno, hay que ver qué cosas inventa».¹

A pesar de todo, el artista, siguiendo su método habitual de trabajo, valora más la representación del escenario, que surge de su experiencia vital, que la del personaje: transmite, a través de múltiples detalles, su oficio, relacionado claramente con el carnaval, tema muy de su agrado, como si quisiera ponerse una máscara ante el mundo que lo rodea.

Aunque conceptualmente su estética es inamovible, se percibe una clara evolución en sus planteamientos técnicos; esta composición simétrica, con espacios muy bien compensados, claramente está ejecutada en los años finales de su producción, en los que decrece la intensidad matérica y surgen figuras como dibujadas al óleo, en una acción paralizada en el tiempo. Y, pese a la negritud del ambiente, es colorista, con una atmósfera propia, que nos lleva una vez más a considerarlo uno de nuestros grandes y más personales creadores.

¹ Sánchez Camargo, Manuel, *Introducción a las litografías de José Gutiérrez Solana*, Madrid, R. Díaz-Casariago, 1963, pág. 15.



El constructor de caretas, 1944

Óleo sobre lienzo, 138 x 113 cm

Firmado en el ángulo inferior derecho: «J. Solana»